

can las evoluciones y las catástrofes de la humanidad, porque se ligan con destinos eternos.»

Esta es la esperanza que nos mantiene en las luchas de la vida, y con ella somos fuertes para reñir el *buen combate* de la virtud; así consideramos á las enfermedades y á la muerte como gestación dolorosa de nuestros destinos eternos, y si nos llena de pavor la soledad del sepulcro, vencen á esos temores las alegrías del alma en los barruntos de su felicidad inacabable, y nos despedimos del mundo con el cántico sublime de Habacuc: Oí, Señor, tu voz, y se conmovieron mis entrañas; temblaron mis labios al oír tu llamamiento; éntre la pudrición en mis huesos y por dentro me consuma, para que descansa en el día de la tribulación, y pueda ir á mi pueblo preparado para el combate. Cuando ya no florecerá la higuera, ni brotarán las vides; cuando fallará el fruto de los olivos, y los labrados no harán mantenimiento; cuando serán taladas las ovejas de la majada, y quedarán los establos sin ganados, yo me alegraré en el Señor, y en el Dios de mi salud me gozaré. Él, que es mi fortaleza, dará á mis piés la ligereza del ciervo, y vencedor en las alturas, cantaré con instrumentos de música sus divinas alabanzas ¹.

¹ Hab. III, 16-19.

CONFERENCIA SÉPTIMA

LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale hoc induere immortalitatem.

S. PABLO, I ad Cor., XV, 53.

LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS

EXCMO. É ILMO. SEÑOR ¹:

La Ciencia positivista, al rechazar de sus estudios las causas finales, se ha declarado incompetente para resolver los problemas que caen fuera de los dominios del tiempo y pertenecen á la eternidad. Todo lo que no se rige por las leyes invariables de la naturaleza, lo que no puede ser objeto de la observación y de la experiencia, objetivamente consideradas, y, en una palabra, lo que no está al alcance de los científicos instrumentos, es sistemáticamente negado por esos

¹ El Excmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá.

hombres que, ocupados en arrancar á la naturaleza sus secretos, piensan haber conquistado el vellocino de oro y satisfecho todas las aspiraciones humanas.

Si les preguntamos con qué piensan reemplazar los grandes ideales que en todas las épocas de la Historia han sido el acicate más poderoso que empujó á la humanidad por los caminos de la civilización y del progreso; con qué van á llenar el vacío que dejaría en el corazón el ostracismo de la moral, y de las verdades religiosas que son su principal sostenimiento; cuál es el freno que sujetará á las pasiones que en ese corazón fermentan, y en algunas ocasiones hacen del hombre el ser más monstruoso de la tierra, vacilan y se excusan, hablan de la educación y de la higiene, sin darse cuenta que la higiene y la educación, más que conveniencias, son virtudes que suponen una fuerza de voluntad á la cual jamás se doblegarán los pueblos sin creencias, abandonados á sus instintos naturales; confunden la educación, que es el arte de formar los corazones, con la instrucción, que es el arte de desarrollar las inteligencias, y de la confusión de estas dos ideas, resulta en la sociedad un desequilibrio, que en vano intentan remediar los más hábiles economistas.

Esto es, señores, lo que denuncia y pone de

relieve la falsedad de esas teorías, cuando saliendo de las academias y de las cátedras donde se defienden y se enseñan, vienen al terreno práctico de la vida donde se lucha y se padece; esto lo que llena de temores á los hombres de buen sentido, aunque tengan la desgracia de no pensar como nosotros en las cosas que son de fe; esto lo que hará siempre impopulares las modernas doctrinas positivistas, relegándolas al estrecho círculo de los que, haciendo vanos alardes de su talento, se empeñan en torcer las corrientes de la Historia, y llevar al mundo por nuevos derroteros sin brújula y sin timón.

El materialismo no se satisface con sus negaciones, ni descansa tranquilo sobre las ruinas por él amontonadas; es más transcendental en sus consecuencias, y no perdona ocasión ni medio para atacar los dogmas de la Iglesia y las prácticas de la moral cristiana, como si este fuera el único motivo que le impulsa á llevar adelante sus investigaciones, y más que aumentar los trofeos de la Ciencia, se hubiese propuesto arrebatar los suyos á la fe. Ha querido celebrar la apoteosis de la materia, hacer de ella el ídolo de sus adoraciones, quemar incienso en sus altares; la ha llamado inmortal y eterna, ha cantado sus excelencias y su dignidad; la ha puesto en lugar de Dios, y al ver las carnes de los austeros cenobitas ceñidas

de áspero cilicio, al oír el chasquido de las sangrientas disciplinas que sale del silencio de los claustros; al escuchar la voz de los apóstoles del Evangelio, predicando la mortificación y la penitencia, se ha revuelto airado contra la Iglesia que tales maceraciones consiente, recomienda ó manda; ha calificado de brutalidad, cuando no de locura, lo que nosotros tenemos por camino de santidad; ha ridiculizado la solemnidad y el respeto con que enterramos los cuerpos de nuestros hermanos difuntos, la religiosidad con que guardamos sus sepulcros, la veneración y el culto que tributamos á las reliquias de los santos, declarando ser preferible entregar los despojos humanos á la voracidad de los buitres y de las fieras, para devolver á la naturaleza lo que de ella hemos recibido¹.

¡Qué contrasentido, defender la dignidad de la materia y condenar en su nombre las prescripciones de la Iglesia! Solo la ignorancia y la pasión irreligiosa que domina á los que tales cosas dicen, han podido conducirles á tan lamentables equivocaciones, porque nadie, absolutamente nadie ha conocido mejor, ni ha defendido tanto la dignidad de la materia como la Iglesia católica, que si siempre condenó á los que negaron la inmortalidad

¹ Büchner, obra cit. p. 90 y sig.

del alma, la dignidad del espíritu, con no menos empeño ha mantenido siempre el dogma de la resurrección de la carne, la rehabilitación de los cuerpos destruidos por la muerte. Sin temor á que me respondáis lo que respondieron á San Pablo los areopagitas de Atenas, cuando en medio de su respetable asamblea predicó esta verdad¹, de ella vengo á hablaros, para demostrar mis afirmaciones y completar el estudio que de la naturaleza del hombre, en su vida actual y en sus destinos eternos, hemos emprendido.

El cuerpo humano, es para el fisiólogo una de las maravillas más grandes de la naturaleza. La soberanía que se revela en su actitud, la belleza de sus contornos, las diversas expresiones que reflejan en su rostro los sentimientos del alma, unas veces dibujando en sus labios la sonrisa, cuajando otras de lágrimas sus ojos enternecidos, surcando la frente de siniestras arrugas ó esmaltando las mejillas con los colores del candor y de la inocencia, la variedad de sus movimientos, la perfección y delicadeza de sus órganos, la complicación y el concierto de sus funciones, ha-

¹ *Y como oyeron la resurrección de los muertos, unos entonces se burlaban, y otros decían: acerca de esto te oiremos otra vez.* — Act. XVII, 32.

cen de él, como querían los antiguos, un mundo abreviado y el compendio de la Creación entera. La sola autopsia de la mano movió á un médico á entonar un himno á la divinidad, como lo entonó Galeno al terminar el estudio de la humana anatomía; porque si es el cerebro el medio de que se vale el alma para ponerse en comunicación con el mundo sensible, en su estado de unión con el cuerpo; la cámara central adonde afluyen las impresiones de los sentidos; si están en él las palancas imperceptibles que ponen en movimiento á todo el organismo, y esos tálamos misteriosos donde se desposan la sensación y el pensamiento; si hay en el cerebro, al decir de Huschke en su poético lenguaje, valles y montañas, puentes y acueductos, bóvedas y pirámides¹, la mano, que suple en el hombre las defensas naturales de que vienen armados á los combates de la vida los animales, es el instrumento de la inteligencia y el auxiliar más poderoso de la palabra en la expresión de las ideas.

Gerdy, contó en la mano treinta y cuatro movimientos, y Blainville la llamó compás de cinco puntas; unas veces sustituye á las más delicadas pinzas; otras es formidable en sus golpes, como la pesada maza; con la mano amarra el marinero

1 En su obra: *Crâne, cerveau et âme de l'homme*.

las jarcias menos manejables, y tiende el óptico los ténues hilos del retículo; con ella conduce el buril el grabador, dejando en el acero finísimos trazados, y empuña el leñador el hacha para derribar los robustos troncos; la mano sostiene las insignias del poder, pelea con la espada, enseña con la pluma y tañe con asombrosa precisión los instrumentos músicos; auxilia á los ojos para apreciar las superficies y corregir sus ilusiones, y con las manos seguía Miguel Angel los contornos del torso de Belvedere, cuando ciego, quedó privado del placer de contemplarlo. El hombre civilizado no descubre de su cuerpo más que las manos y la cabeza, como queriendo ostentar su realeza sobre la Creación entera: las manos para sostener el cetro, y la cabeza para ceñirla con la corona. Razón tenía Shakespeare al poner en boca de Hámlet, estas hermosas palabras: «¡Qué obra tan maravillosa es el hombre! ¡Cuán noble su razón! ¡Cuán infinitas sus facultades! Sus formas y movimientos, ¡cuán expresivos y admirables! ¡Sus actos como los de los ángeles! Su inteligencia, ¡cuán parecida á la de un Dios! Es la gloria del mundo y el modelo de los seres animados¹.»

Pero, ¿qué son estos ditirambos, comparados

1 Hámlet, Act. II, esc. II.

con las exclamaciones de la fe? ¿Quién hizo del cuerpo humano mayores elogios que San Pablo? Había llegado el gran Apóstol á aquella hermosa ciudad de Corinto, llamada por Cicerón: *el esplendor y la lumbrera de toda la Grecia*¹; sus habitantes vivían entregados al lujo y á los placeres, á la adoración de la belleza plástica, y á tal grado llevaron el refinamiento de su molición, que era entre los antiguos *vivir á lo corintio*, lo mismo que observar conducta licenciosa y sensual; Fidias y Praxiteles, adornaron sus templos con las mejores estatuas que labraron sus cinceles, y en aquel privilegiado istmo que junta á Grecia el Peloponeso, y bañan con sus aguas los mares Jónico y Egeo, no lejos de aquellas deliciosas playas cantadas por Homero, y bajo aquel incomparable cielo, proverbio de hermosura, alzábanse las columnas del más renombrado entre los monumentos que á la impúdica Venus había consagrado el paganismo. Difícil era sembrar en tierra tan mal abonada la semilla del Cristianismo, reprimir los excesos de la sensualidad, y sustituir las gentílicas abominaciones con las prácticas austeras de la moral evangélica; á todo atendió San Pablo, con el ardiente celo que le distinguía en sus apostólicas tareas, y después de diez y ocho meses de in-

¹ Manil., 5.

cesante trabajo, no solo consiguió fundar la iglesia de Corinto, sino hacer de ella el modelo de las vecinas cristiandades; y cuando más tarde escribía desde Efeso á la naciente comunidad, fortaleciendo su fe con prudentísimos consejos, hizo del cuerpo humano un elogio que en vano lo buscaríamos semejante. « Vosotros, decía, habéis vivido en la ignorancia del pecado: contaminados estábais con todas las impurezas de la carne, pero habéis sido lavados, santificados y justificados en el nombre de Jesucristo Nuestro Señor, y en el Espíritu de nuestro Dios. No regaléis la carne que Dios ha de destruir para levantarla después con su poder. *¿Acaso no sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo y el templo del Espíritu Santo?*¹ »

¿Quién, entre los modernos panegiristas de la materia, ha hecho del cuerpo humano una alabanza tan cumplida como esta de San Pablo? El cuerpo del hombre regenerado, es el templo de Dios y la morada del Espíritu Santo; sus miembros son miembros de Cristo, hueso de sus huesos y carne de su carne, y nada tienen de comparable con ese templo vivo y animado, los suntuosos y admirables monumentos levantados en honor de la Divinidad, aunque en ellos no sepamos qué alabar

¹ I Cor., VI, 11, 13, 15, 19.

más, si los primores del arte, ó la preciosidad de sus materiales. Los magníficos pórticos del templo de Salomón y su misterioso santuario; las célebres Basílicas de Constantinopla y Roma; las soberbias Catedrales góticas, dechado de belleza, ¿qué son si se comparan con el pecho del cristiano que acaba de recibir el Cuerpo de Jesucristo, y mezcla con su Sangre la sangre de sus venas?

Despreciadores de la materia nos llaman los que no se avergonzaron de doblar sus rodillas ante el mármol viviente de la carne pública. Nosotros, los adoradores de la Sagrada Eucaristía, que vemos á la humana naturaleza desposada con la Divinidad en la Encarnación del Verbo; que llevamos en triunfo los restos del madero en que fué obrada la redención del mundo; que besamos el polvo de los caminos de Galilea y de Judá, porque en él se estamparon las huellas de los pies del Salvador; que recogemos con veneración profunda los despojos de los santos, y los guardamos en artísticos relicarios; nosotros, que tenemos por sagrada la tierra en donde yacen los cuerpos inanimados de nuestros hermanos, y pensamos que el sepulcro es un crisol en donde el cuerpo dejará sus escorias para ser revestido de inmortalidad y de gloria en el día sin ocaso de las eternas recompensas, ¿cómo habíamos

de ultrajar esa materia, que nos recuerda el barro modelado por las manos de Dios, para infundirle el soplo de la vida y hacer de él el cuerpo del patriarca de la especie humana?

« Si yo no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes, » decía el rey de Macedonia; yo, parodiando aquella frase, podría decir: si no fuese espíritu, quisiera ser materia, porque aún entonces sería obra de Dios, fruto de su sabiduría y de su bondad; dependería de su Providencia, y unida en la humanidad á un alma inmortal, después de haberla servido en su condición presente, la serviría un día en la felicidad de que también ha de participar el cuerpo¹.

En expectación de esa felicidad, queremos que el cuerpo obedezca al alma, no sea que trocado el señorío, irremisiblemente la perdamos; labramos los sillares con que se ha de edificar la Jerusalén celestial, y no dejamos de la mano el escoplo y la maza hasta conseguir lo que nos proponemos²; afligimos la carne, pero no la aborrecemos; despreciamos los goces de la materia, porque nos satisfacen más los del espíritu; no queremos que nuestros cuerpos sean arrastrados al *spoliarium* del vicio, y preferimos á los afrentosos estigmas del pecado, las santas cicatrices

¹ Lacordaire, *Œuvres*, t. IV, p. 334.

² *In Dedicacione ecclesie*, Hym. ad Vesp.

de la virtud, porque, como decía un filósofo pagano, hemos nacido para cosas más altas que para ser esclavos de la carne ¹.

Preciso es que si el grano de trigo ha de germinar coronándose de doradas espigas, sea antes arrojado á los surcos de la tierra, y allí se corrompa, y cuando del todo parecerá perdido, entonces, vivificado por el calor del sol, resucitará rompiendo con sus tallos la gleba que lo cubre. Así completaba el Apóstol su doctrina acerca de la dignidad de la materia, y de esta imagen se valía para enseñar á los corintios la resurrección de los muertos: *Dirá alguno, ¿ cómo resucitarán los muertos? ¿ Con qué cuerpo saldrán? ¡ Oh necio! Lo que tú siembras no revive si antes no muere, y lo que siembras, no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo... Mas Dios le da el cuerpo como quiere, y á cada semilla su propio cuerpo. Toda carne no es la misma carne: mas una carne ciertamente es la de los hombres, y otra carne la de los animales, y otra la de los peces, y otra la de las aves. Y cuerpos hay celestes y cuerpos terrestres, y una es la gloria de los celestes y otra la de los terrestres. Otra es la claridad del sol, y otra la claridad de la luna, y otra la de las estrellas... Así también será la resurrección de los*

1 «Ad majora natus sum quam ut sim mancipium corporis mei.» Séneca.

*muertos: lo que se siembra en corrupción, se levantará en incorrupción; siémbrese en vergüenza y se levantará con gloria; siémbrese en flaqueza y se levantará con poder; siémbrese cuerpo animal y resucitará cuerpo espiritual.*¹

La doctrina predicada por San Pablo, no es una novedad introducida por él en las creencias de la Iglesia; su voz es el eco de la voz de los profetas, y sus enseñanzas las enseñanzas de Jesucristo. Lo que Job quería grabar con cincel de hierro en láminas de plomo y esculpir en el duro pedernal²; lo que en visión sublime contempló Ezequiel³, y cantó David en su arrebatadora salmodia⁴; lo que vaticinó Jonás, saliendo incólume del vientre del cetáceo⁵, y aseguró Isaías con su monumental palabra⁶; lo que alentaba en su martirio á los invictos Macabeos⁷, fué explícitamente confirmado por Cristo Nuestro Señor, cuando dijo á los judíos: *En verdad en verdad os digo, que vendrá hora en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyeren vivirán... No os maravilléis de esto, porque vendrá hora*

1 I Cor., XV, 35-41.

2 Job, XIX, 24.

3 Ezech., XXXVII, 1-14.

4 Psalm., XV, XXIX, LXXXVII.

5 Jon., II.

6 Isai., XXVI, 19.

7 II Mach., VII, 9, 14.

cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron bienes, saldrán á resurrección de vida, y los que hicieron males, á resurrección de juicio¹, y para más asegurar lo que decía, hizo ensayo de aquella voz omnipotente en el sepulcro de Lázaro, sacando vivo de la corrupción de la muerte á su amigo predilecto, y Él mismo, rompiendo los sellos del pretor de Jerusalén, se alzó victorioso sobre su tumba, empuñando el cetro de la resurrección y de la vida.

La doctrina de la resurrección final, se enlaza tan estrechamente con los dogmas del Cristianismo, es de tal manera fundamental en nuestra Religión y tales las consecuencias que de ella se derivan, que suprimido este artículo de nuestro credo, negada esta verdad, *sería vana nuestra fe é inútiles nuestras predicaciones, porque si los muertos no resucitan, tampoco ha resucitado Cristo, y si no ha resucitado Cristo, se desvanecen nuestras esperanzas, y somos, los que tal creemos, los más desdichados de todos los hombres*².

La esperanza en la resurrección está profundamente arraigada en nuestro corazón, como lo estaba en el corazón de Job, en las amarguras de

¹ Joann., V, 24, 28-29.

² I Cor. XV, 13-19.

su desgracia. Por ella creemos que la muerte es un sueño¹, y llamamos *dormitorios*² á los fúnebres recintos donde yacen los humanos despojos esperando la hora solemne de su rehabilitación, para que todo el hombre, en la integridad de su naturaleza, reciba del Juez universal de vivos y de muertos, el galardón supremo ó el castigo perdurable; en ella nos consolamos al ver desaparecer de nuestro lado las personas que nos son queridas, esperando que un día, en el eterno concilio de los bienaventurados, volveremos á estrecharlas con los lazos de un amor que es más fuerte que la muerte; buscamos estímulos para practicar la virtud, y tratamos con respeto los cuerpos que han de ser con las almas partícipes de su inmortalidad, y encontramos valor para arrosar las penalidades de la vida, aguardando el momento en que trocada en gozo la tristeza, se conviertan en aureola resplandeciente de gloria las cicatrices con que el martirio selló la carne de los campeones de la fe.

Inútilmente pediríamos á la Ciencia explicaciones de este dogma que San Pablo llamó *mis-*

¹ «No queremos, hermanos, que ignoréis lo que es de los dormidos, para que no os entristezcáis como aquellos que no tienen esperanza alguna. Si, en efecto, creemos que Jesús ha muerto y resucitado, del mismo modo Dios reunirá en él á aquellos que se han dormido en Jesús. — San Pablo, I *Thesal.* IV, 12-13.

² Esto significa la voz griega *cementerio*.